

# ALMA ERRANTE

Eugenie Gall

“El cuerpo humano no es más que apariencia y esconde nuestra realidad.

La realidad es el ALMA”

Víctor Hugo

Murió Gómez, sonó retumbante la voz con eco en la sala casi vacía, murió Gómez volvió a repetir la voz áspera y recalcitrante de mi abuela, los demás sentados en la penumbra de un comedor antiguo con muebles viejos y sillas que rechinan, nos miramos. Miré a mi madre, su rostro se contrajo, pálido, trémulo, sus labios quisieron emitir algún sonido, pero con un leve movimiento de cabeza, bajó la vista y calló. Yo miré las miguitas en la mesa y la mancha de comida en el mantel.

Gómez el jardinero, Gómez el leal personaje de la servidumbre en una España decadente, Gómez el que conseguía jamón serrano añejo en el mercado negro, Gómez el chofer de la familia, Gómez el único que permaneció cuando todo el personal emigró al ver que la familia y el país caían en crisis. Gómez el amante secreto de mi madre.

Siempre sentí curiosidad por ese hombre hosco, de rostro serio y parco, pero de manos tibias que emanaban afecto, cubría la calvicie con una boina negra y olía a tabaco, tenía la voz ronca y áspera, pero cuando hablaba su tono era amable y sus historias me transportaban a un mundo de imágenes y personajes que parecían ir concatenados a su vida, solo vi algunas veces su rostro enrojecer de rabia cuando hablaba de política, del caos en que se encontraba el país y le vi llorar cuando asumió el caudillo -estamos jodidos- dijo con voz ronca y dolida -de ésta no saldremos en muchos años- continuó diciendo, tenía la vista perdida, una ceja alzada y corrieron lágrimas que se resbalaron lentamente por los surcos de su rostro. Así era Gómez, intenso como el mar tempestuoso, otra veces sereno como el amanecer, así era el amante de mi madre.

Vivíamos en una sociedad que castigaba con repudio los amores indecorosos, el catolicismo arraigado en una sociedad pacata, restrictiva y perseguidora. Nunca supe si mi padre sabía de las andanzas furtivas de mi madre, sólo sé que se sentaba en un

rincón con un periódico en las manos, enrollaba hábilmente tabaco en un papel, aspiraba y volaban espirales de humo y entonces la miraba fijamente. La amaba, amaba a mi madre ya no con pasión, sino con ese amor paciente, calmado y seguro, la amaba, al menos eso creía yo. Imaginarán mi sorpresa al sorprender a mi madre besando a Gómez y acariciando su cabeza en un rincón de la cocina, yo jugaba en el jardín, me empiné para mirar por la ventana y con estupor y vergüenza vi esa escena, una imagen que jamás borré de mis recuerdos, pero mayor era el miedo a decir lo indebido, por lo demás quién me creería, eran tiempos de incredulidad con los dichos infantiles, son demasiado imaginativos estos niños, fantasean siempre, esas eran expresiones que siempre oí de los adultos. Conservé la imagen, guardé el secreto, sentía con ello que había una complicidad con mi madre. Una mujer aún guapa, pero triste, la muerte de sus hermanos en la guerra civil destruyó su alma y sus ojos se inundaban de lágrimas cada vez que los mencionaba.

Era la España de 1937, carestía, mercado negro, opresión, decadencia, dolor, pobreza, vender todo lo que había para subsistir. Murió Gómez. Han pasado años de aquella tarde y aún el recuerdo emboba y anula mi memoria, siempre sentí tanta cercanía con ese hombre, amé a mi padre, hombre callado, trabajador, culto, responsable y protector de la familia, pero el cariño por el jardinero que cultivaba los aromáticos claveles cuyo olor me cautivaba tanto como sus relatos no se igualaba al que sentí por mi padre.

Crecí en la melancolía de los secretos, las malditas tradiciones, las reglas sociales y familiares impuestas por sobre mis gustos, debía casarme, los hijos que Dios quisiera darme, un marido que me mantuviera y al que yo debía amar y respetar, tuve suerte, no fue malo mi matrimonio, me casé con un empleado público y fui una esposa fiel y una madre cariñosa. Estudié para ser maestra en literatura, pero no ejercí, el hogar y los

hijos eran prioridad. Creo que no fue sorpresa cuando mi madre en su lecho de muerte me confesó la verdad, era mi padre, mi verdadero padre y ese fue el motivo por el que nunca abandonó nuestro hogar, Gómez fue mi padre, un padre al que nunca disfruté como tal, pero la sangre y mi alma percibieron siempre esa conexión. Las almas se reconocen y se reencuentran decía mi padre, mi Gómez, mi padre verdadero.

Fui un soldado, un casaca roja, luché por el ejército inglés me contaba mi jardinero adorado, eso fue en el siglo XVIII, me decía, por los años 1700 y algo, yo sacudía la cabeza y me reía, no me hacía sentido lo que contaba, me parecía tan insólito su relato, con mis escuetos trece años y mis pocos conocimientos que se ceñían a mi amor por los libros y unos acordes armónicos en un piano desvencijado que había en el salón. Sentía que me engañaba, que sus relatos eran fantasías, igual lo miraba encantada y divertida, entonces él continuaba, me mataron, me dispararon un escopetazo en el pecho, por eso cuando yo muera será de algo al corazón y se tocaba el pecho. Mi cuerpo está predeterminado, decía con un dejo de tristeza, mi alma es rebelde y triste. Así murió, un ataque al corazón.

Eso de las almas me parecía tan apasionante, mi madre al morir me dijo –amé a mi esposo, pero mi alma está ligada a tu padre y nos reuniremos en otra vida- eran palabras de mujer apasionada y de un hombre con gran imaginación que también confiaba en el viaje astral del alma, pensaba yo entonces.

Siempre fui nostálgica, tristona e insegura, me adaptaba a todo lo que me imponían por temor al castigo o al rechazo, pero algo en mí buscaba respuestas, interrogantes vanas, así se fue mi vida, morí en mi lecho abrazada por mis hijos. Fui una mujer triste e incompleta que tuvo una muerte y agonía lenta y dolorosa.

Hoy vivo en el siglo XXI, año 2022, ya con sesenta y cuatro años, confirmo que el alma se renueva y que el cuerpo perece, el alma se reinicia en nuevas vidas, no las recuerdo todas, a veces surgen chispazos en la mente, “Déjà vu”<sup>i</sup> le llaman en este siglo, pero como explicaba Platón, mi filósofo favorito, acerca de la inmortalidad del alma: “El alma tiene un carácter divino por lo que el alma es inmortal”.

En esta época vivo en América Latina, soy profesora de Literatura y Filosofía, continúo amando los libros, también viví bajo el yugo de una dictadura en una época sombría, muy dolorosa y en Europa hay una guerra, las coincidencias se repiten en el periplo de la vida. Igual fui una niña triste y melancólica guardando secretos a los adultos, algunos muy indignos y dolorosos para ser contados.

He sido burla de la incredulidad, mi historia es difícil de creer y no me sorprende la duda, la desconfianza y ser calificada de mente febril y fantasiosa, pero yo sé lo que he vivido y he vuelto a reencontrar el alma de Gómez. En esta vida la encontré en mi hijo menor, él es mi alma gemela, es la conexión vital que une el hilo que se repetirá en la eternidad, el hijo que cultiva claveles e inunda mi jardín de ese aroma dulzón que evoca pasados en los recodos de mi memoria ancestral.

Tengo un alma vieja, un alma rebelde que se niega a olvidar y se nutre de vidas pasadas, tengo un alma triste. Un alma errante.

---

<sup>i</sup> Déjà vu: término usado para describir el fenómeno de tener la sensación de que un evento que experimentamos en la actualidad ya lo vivimos en el pasado.